

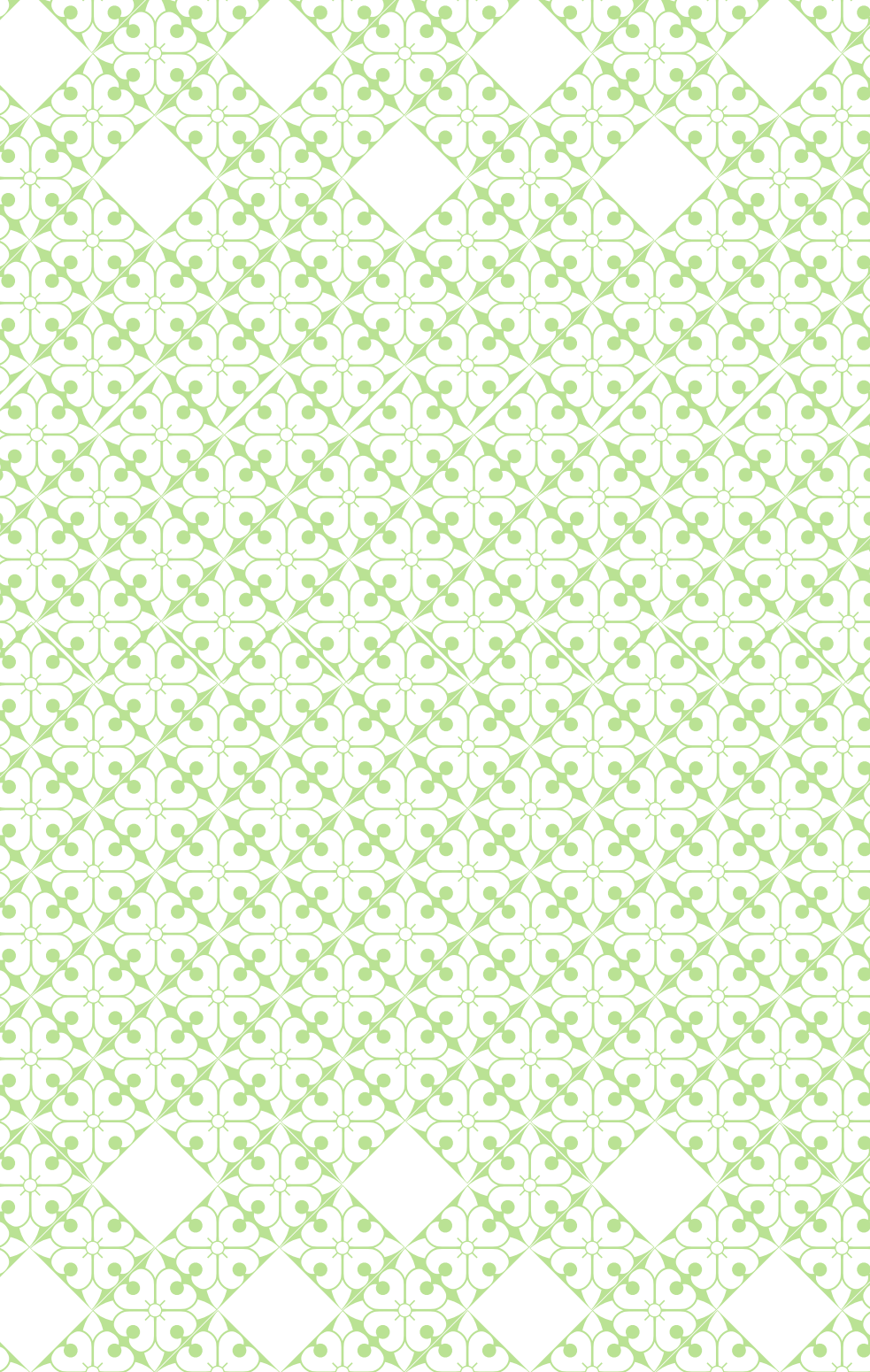
COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Jorge Manrique

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



**Jorge
Manrique**

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Jorge Manrique

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2015

Autor

Jorge Manrique

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Mayo de 2015

ISBN 978-607-742-197-9

Jorge Orendáin Caldera
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
Diseño y diagramación

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios

distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:


- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General
Universidad de Guadalajara

Índice

-
- 
- 9 Palabras preliminares
- 21 Coplas por la muerte de su padre
- 23 Invocación
- 44 Castillo de amor
- 50 Escala de amor
- 53 Acordaos, por Dios, señora...
- 58 Otras suyas en que pone el nombre de una dama
- 61 Canción
- 62 Esparzas
- 64 Glosa a su mote que dice: “ni miento
ni me arrepiento”
- 66 Diciendo qué cosa es amor
- 69 Canciones
- 70 A una prima suya que le estorbaba unos amores
- 71 Glosa «Sin Dios y sin vos y mí»



Palabras preliminares

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Don Jorge Manrique nació en 1440, en la Villa de Paredes de Nava, situada en territorio de Castilla. Le tocó vivir una época de transición entre los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos. Tuvo un papel importante en la consolidación del Reino de Castilla y en la lucha contra los moros que ocupaban las tierras de Al-Andalus. Su abuelo don Pedro, su padre, y su tío don Gómez, también fueron guerreros y poetas. Don Pedro escribió unas coplas en las que habla así al personaje: *COPLAS a Juan Poeta*, cuando lo cativaron sobre mar y lo llevaron allende

Si no lo queréis negar
como negáis el Salterio,
publicar quiero el misterio
Juan, de vuestro cativerio,
Juan, de vuestro navegar.

Si de moros fuistes presa,
ordenólo Dios muy bien;
vuestro ardid era Judea;
la fama, Jerusalem.
Sacaros de la prisión

a do estábades en Fez,
a Dios fue cosa rahez (fácil)
como hizo la otra vez
de poder de Faraón;
mas aquesta vez que digo,
hízolo como pariente;
agora como enemeigo
de vos y vuestra simiente.
Cuando viste que la mar
por carreras no se abría
diz que dejistes un día
—como varón que tenía
nuestra Fe en el carcañal—
con esperanza muy seca:
“¡Viva, viva Mahoma!”
“Más vale casa de Meca
que no la corte de Roma”.

Menéndez y Pelayo afirma que don Gómez era uno de los grandes poetas de esa época, junto al marqués de Santillana y Juan de Mena. Escribió estrenas, canciones y villancicos:

Estrenas a Doña Juana de Mendoza, su mujer

Amada tanto de mí
e más que mi salvación,

más por la virtud de ti
que por ninguna pasión:
la mejor de las más buenas,
recibe estas estrena
que te da
quien nunca jamás querrá
tanto ya
ninguna de las ajenas.

Sentimiento de partida

Yo parto de vos, doncella,
fuera de mi libertad;
yo parto con gran querella
de vuestra pura bondad.

Yo parto con gran tormento
por esta triste partida,
e lievo tal pensamiento
que hará corta mi vida.

Yo parto con gran dolor
por ir de vos apartado:
yo parto muy amador
de vos que voy desamado.

Yo parto en vuestra cadena
de que no cuido salir,

e lievo tan cruda pena,
que no vos la sé decir...

Yo parto mucho contento
de vuestra gentil figura;
yo parto bien descontento
de vuestra poca mesura.

Yo parto, mas no se parte
siempre de vos mi pensar;
e lievo la mayor parte
de dolor e de pesar.

Yo parto porque me alejo
el más triste que me vi;
yo parto, mas con vos dejo
la mayor parte de mí.

Yo parto triste por que
vuestro mirar me robó,
e lievo por buena fe
gran queixa de vuestro nó.

Yo parto porque me aparta
la mí no buena fortuna;
yo parto con pena farta
sin Esperanza ninguna.

Yo me parto de mirarvos
con dolor muy dolorido,
e lievo de bien amarvos
prosupuesto no fengido.

Fin

No quiero mas enojarvos,
mas por merced vos yo pido
que vos plega recordarvos
de cuan triste me despido.

Villancico

Dios te salve glorioso
infante, santificado,
por redimir enviado
este mundo trabajoso:

Dámoste grandes loores
por se querer demostrar
a nos, míseros pastores.

Un ejemplo de su Fe es este otro:

Los Ángeles

Gloria al Dios soberano
que reina sobre los cielos,
e paz al linaje humano.

Don Rodrigo escribió canciones, romances y villancicos. Los siguientes poemas son buenos ejemplos de su estilo:

Canción

Lo seguro de la vida
tiene el muerto que reposa,
que el mundo es tan fiera cosa
que no hay cosa conocida.

Lo más cierto es desear
lo que ha de permanecer;
gloria para descansar,
muerte para fenecer.

Romance

Caminaba el pensamiento
Tristeza su compañía;
la Memoria de su Gloria
de la rienda se volvía.

La Razón, que es matadora,
contra la Gloria venía;
el pensamiento, afrentado
de entrambos a dos se asía

(como el que tiene pasado
el vevir en tal porfía).

Ellas ya son concertadas
en que yo siga la vía
que Gloria, contra Razón,
en Amor se defencía.

Todos juntos nos partimos
y apartados de Alegría,
do llegadas al Reposo
nadie reposar podía.

El pensamiento aquejado
a grandes voces decía:
“Dolores, ¿Qué me aquejáis?”
“Arracad el alma mía;
porcurad tan buena muerte,
pues la vida no os quería;
que Dilación en tal caso,
Desesperación sería,
el fin de buena ventura
del que acaba en su porfía”.

Sin Esperanza, el cativo
otra cosa no pidía,
que en tal estrecho venido,
el mejor morir venía.

Villancico

Mis sentidos: No os curéis
de vederos en tal afrenta,
que el morir es buena cuenta.

Si dicha no la tuvistes
de gozar vuestra pasión,
Amor va contra Razón
que condena a los más tristes.

Pues en tal hora nacistes,
que gocéis tan buena renta,
que muráis en buena cuenta.

Acábensse los pesares
y la honra permanece,
el día que el hombre fenece,
se dice el de los cantares.

El vivo siente señales
que al muerto gloria acrecienta
pues morir es buena cuenta.

Mi desdicha me condena;
soy dichoso condenado,
que el vivo que es mal logrado
el morir le es menos pena.

Es, luego, ventura buena
lo que más nos atormenta,
pues morir es buena cuenta.

La vida de don Jorge se movió entre la poesía, el amor y la guerra. Su espíritu renacentista estuvo impregnado de una melancólica tristeza y un presagio de la muerte.

Radicó un tiempo al lado de su padre en el Castillo de la Villa de Ocaña, donde murió don Rodrigo, y él escribió sus famosas coplas en las que le rinde homenaje, y hace muy profundas reflexiones sobre la vida, la muerte, el destino y el clima espiritual de su tiempo.

Participó en muchas batallas y murió en 1479, en una lucha contra el marqués de Villena y su gente. La causa fue que habían arrebatado unas presas a campesinos protegidos por él, y salió para recuperarlas. Cuenta Pedro de Baeza que fue de noche y pelearon “él salió herido de una herida de que murió e yo saqué otra, y fue tan peligrosa la herida que vuestro ciruxano aquella misma noche me dijo que me confesase y ordenase mi alma”. “Soldados y labriegos lo recogieron y llegaron a Santa María del Campo en plena noche”.

El poeta llevaba en el pecho una banda bordada en letras de oro con sus famosas palabras: “Ni mientto, ni me arrepiento”, y entre sus ropas ensangrentadas el poema “¡Oh mundo! pues que nos matas”, que dejó inconcluso.

Jorge Manrique murió entre ayes de dolor, lejos de su encomienda y de Toledo, lejos de sus familiares y de los reyes. Lo enterraron en el panteón familiar del Convento de Uclés.

En el siglo xv, la lengua castellana se consolida y establece sus reglas y normas gramaticales. Jorge Manrique es un poeta de transición entre la lengua medieval y el “itálico modo”, que tanto influyó en los siglos de oro.

En esta antología figuran, con extraordinaria fuerza, “Las coplas por la muerte de su padre”, conjunto de poemas que pasan por el dolor y la reflexión, para llegar al campo de la resignación y abrir, de acuerdo con el pensamiento cristiano, las puertas de la esperanza. Por eso, el poeta nos dice que basta con conservar la memoria del ser que ha muerto, para obtener el necesario consuelo.

Al lado de estas coplas están los poemas eróticos, en los cuales define el amor, y ensaya nuevas formas que anuncian, una renovación en la lírica castellana.

Elegí los poemas de Jorge Manrique para iniciar esta colección, pensando en que su obra permitiría a los lectores escoger las letras para que su imaginación y su pensamiento vuelen en el mundo real, y en los mundos de la literatura.

“Las Coplas por la muerte de don Rodrigo” han acompañado muchos momentos de mi vida literaria y actoral. Las leí siendo muy joven, y las memoricé después para decirlas en el escenario, cuando viajé por distintos rumbos del país con el recién fundado grupo de

los Cómicos de la Lengua de la Universidad Autónoma de Querétaro, hace 55 años. Recuerdo gratamente la función que dimos en la Concha Acústica del Parque Agua Azul, de una Guadalajara que aún tenía dimensiones humanas.

Las palabras de Manrique llegaron a los estudiantes y a los otros espectadores, con toda la sinceridad y la fuerza de un homenaje, y de una reconciliación con la figura paterna, recordada con cariño y admiración. Aún escucho en mi memoria las palabras finales:

que aunque la vida perdió,
dejónos harto consuelo
su memoria.



Coplas por la muerte de su padre

I

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando,
 cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

II

Pues si vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,

daremos lo no venido
por pasado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
mas que duró lo que vio,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

III

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir,
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
y llegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

Invocación

IV

Dejo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores;
 aquel sólo invoco yo
de verdad,
que en este mundo viviendo
el mundo no conoció
su deidad.

V

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nacemos
andamos mientras vivimos,

y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.

VI

Este mundo bueno fue
si bien usásemos dél
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.

Aun aquel Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nacer acá entre nos,
y a morir en este suelo
do murió.

VII

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que, en este mundo traidor
aun primero que miramos
las perdemos:

de ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaecen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.

VIII

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez,
¿cuál se para?

Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega al arrabal
de senectud.

IX

Pues la sangre de los godos,
y el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías y inodos

se pierde su gran alteza
en esta vida!

Unos, por poco valer,
¡por cuán bajos y abatidos
que los tienen!;
otros que, por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

X

Los estados y riqueza,
que nos dejen a deshora
¿quién lo duda?
no les pidamos firmeza,
pues son de una señora
que se muda.

Que bienes son de Fortuna
que revuelven con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una
ni estar estable ni queda
en una cosa.

XI

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa

con su dueño:
por eso no nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño;
y los deleites de acá
son, en que nos deleitamos,
temporales,
y los tormentos de allá,
que por ellos esperamos,
eternales.

XII

Los placeres y dulzores
de esta vida trabajada
que tenemos,
no son sino corredores,
y la muerte, la celada
en que caemos.

No mirando a nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

XIII

Si fuese en nuestro poder
hazer la cara hermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical,
¡qué diligencia tan viva
toviéramos toda hora,
e tan presta,
en componer la cativa,
dexándonos la señora
descompuesta!

XIV

Esos reyes poderosos
que vemos por escrituras
ya pasadas,
con casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas;
así que no hay cosa fuerte,
que a papas y emperadores
y prelados,
así los trata la Muerte

como a los pobres pastores
de ganados.

XV

Dejemos a los troyanos,
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dejemos a los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias;
no curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
qué fue de ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

XVI

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invención
que trajeron?
¿Fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras

de las eras,
las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras?

XVII

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

XVIII

Pues el otro, su heredero,
don Enrique, ¡qué poderes
alcanzaba!

¡Cuán blando, cuán halaguero
el mundo con sus placeres
se le daba!

Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se le mostró;
habiéndole sido amigo,
¡cuán poco duro con él
lo que le dio!

XIX

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
lentos de oro,
las vajillas tan fabridas,
los enriques y reales
del tesoro;
los jaeces, los caballos
de sus gentes y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscarlos?
¿qué fueron sino rocíos
de los prados

XX

Pues su hermano el inocente,
que en su vida sucesor
le hicieron,
¡qué corte tan excelente

tuvo y cuánto gran señor
le siguieron!

Mas, como fuese mortal,
metiole la Muerte luego
en su fragua.

¡Oh, juicio divinal,
cuando más ardía el fuego,
echaste agua!

XXI

Pues aquel gran Condestable,
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que de él se habla,
mas sólo cómo lo vimos
degollado.

Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿Qué fueron sino pesares
al dejar?

XXII

Y los otros dos hermanos,
maestres tan prosperados

como reyes,
que a los grandes y medianos
trajeron tan sojuzgados
a sus leyes;
 aquella prosperidad
que en tan alto fue subida
y ensalzada,
¿qué fue sino claridad
que cuando más encendida
fue matada?

XXIII

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y varones
como vimos tan potentes,
di, Muerte, ¿do los escondes
y traspones?

Y las sus claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruda, te ensañas,
con tu fuerza las aterra
y deshaces.

XXIV

Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
y banderas,
los castillos impugnables,
los muros y baluartes
y barreras,
la cava honda, chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

XXV

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo
Manrique, tanto famoso
y tan valiente;
sus hechos grandes y claros
no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros

pues que el mundo todo sabe
cuáles fueron.

XXVI

Amigos de sus amigos,
¡qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Que seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Qué benigno a los sujetos!
¡A los bravos y dañosos,
qué león!

XXVII

En ventura Octaviano;
Julio César en vencer
y batallar;
en la virtud, Africano;
Aníbal en el saber
y trabajar;
en la bondad, un Trajano;
Tito en liberalidad

con alegría,
en su brazo, Aureliano;
Marco Atilio en la verdad
que prometía.

XXVIII

Antonio Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia,
Teodosio en humanidad
y buen talante;
Aurelio Alejandro fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe,
Camilo en el gran amor
de su tierra.

XXIX

No dejó grandes tesoros,
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas;
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;

y en las lides que venció,
cuántos moros y caballos
se perdieron;
y en este oficio ganó
las rentas y los vasallos
que le dieron.

XXX

Pues por su honra y estado,
en otros tiempos pasados,
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.

Después que hechos famosos
hizo en esta misma guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos
que le dieron aun más tierra
que tenía.

XXXI

Estas sus viejas historias
que con su brazo pintó
en juventud,
con otras nuevas victorias

ahora las renovó
en senectud.

Por su grande habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada,
alcanzó la dignidad
de la gran Caballería
de la Espada.

XXXII

Y sus villas y sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por cercos y por guerras
y por fuerza de sus manos
las cobró.

Pues nuestro rey natural,
si de las obras que obró
fue servido,
dígalo el de Portugal
y en Castilla quien siguió
su partido.

XXXIII

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley

al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero;
 después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la Muerte a llamar
a su puerta

XXXIV

diciendo: —«Buen caballero
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
 y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

XXXV

«No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de la fama gloriosa
acá dejáis,
(aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera);
mas, con todo, es muy mejor
que la otra temporal
percedera.

XXXVI

«El vivir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
donde moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

XXXVII

«Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramasteis
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganasteis
por las manos;
y con esta confianza,
y con la fe tan entera
que tenéis,
partid con buena esperanza,
que esta otra vida tercera
ganaréis.»

[Responde el maestro]

XVIII

«No tengamos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,

clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera,
es locura.

[Oración]

XXXIX

Tú, que, por nuestra maldad,
tomaste forma servil
y bajo nombre;
tú, que a tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como es el hombre;
tú, que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merecimientos,
mas por tu sola clemencia
me perdona.»

Fin

XL

Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio
(el cual la dio en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió,
dejonos harto consuelo
su memoria.

Castillo de amor

I

Hame tan bien defendido,
señora, vuestra memoria
de mudanza,
que jamás, nunca, ha podido
alcanzar de mi victoria
olvidanza:

 porque estáis apoderada
vos de toda mi firmeza
en tal son,
que no puede ser tomada
a fuerza mi fortaleza
ni a traición.

II

La fortaleza nombrada
está en los altos alcores
de una cuesta,
sobre una peña tajada,
maciza toda de amores,
muy bien puesta:
 y tiene dos baluartes

hacia el cabo que ha sentido
el olvidar,
y cerca a las otras partes,
un río mucho crecido,
que es membrar.

III

El muro tiene de amor,
las almenas de lealtad,
la barrera
cual nunca tuvo amador,
ni menos la voluntad
de tal manera;
la puerta de un tal deseo,
que aunque esté del todo entrada
y encendida,
si presupongo que os veo,
luego la tengo cobrada
y socorrida.

IV

Las cavas están cavadas
en medio de un corazón
muy leal,
y después
todas chapadas

de servicios y afición
muy desigual;
de una fe firme la puente
levadiza, con cadena
de razón,
razón que nunca consiente
pasar hermosura ajena
ni afición.

V

Las ventanas son muy bellas,
y son de la condición
que dirá aquí:
que no pueda mirar de ellas
sin ver a vos en visión
delante mí;
mas no visión que me espante,
pero póneme tal miedo,
que no oso
deciros nada
delante,
pensando ser tal denuedo
peligroso.

VI

 Mi pensamiento —que está
en una torre muy alta,
que es verdad—
sed cierta que no hará,
señora, ninguna falta
ni fealdad;
 que ninguna hermosura
ni buen gesto,
no puede tener en nada
pensando en vuestra figura
que siempre tiene pensada
para esto.

VII

 Otra torre, que es ventura,
está del todo caída
a todas partes,
porque vuestra hermosura
la ha muy recio combatida
con mil artes,
 con jamás no querer bien,
antes matar y herir
y desamar

un tal servidor, a quien
siempre debiera guarir
y defender.

VIII

Tiene muchas provisiones
que son cuidados y males
y dolores,
angustias, fuertes pasiones,
y penas muy desiguales
y temores,
que no pueden fallecer
aunque estuviese cercado
dos mil años,
ni menos entrar placer
a do hay tanto cuidado
y tantos daños.

IX

En la torre de homenaje
está puesto toda hora
un estandarte,
que muestra por vasallaje
el nombre de su señora
a cada parte;

que comienza como más
el nombre y como valer
el apellido,
a la cual nunca jamás
yo podré desconocer
aunque perdido.

Fin

x

A tal postura os salgo
con muy firme juramento
y fuerte jura,
como vasallo hidalgo
que por pesar ni tormento
ni tristura,
a otro no lo entregar
aunque la muerte esperase
por vivir,
ni aunque lo venga a cercar
el Dios de amor, y llegase
a lo pedir.

Escala de amor

I

Estando triste, seguro,
mi voluntad reposaba,
cuando escalaron el muro
do mi libertad estaba.

A escala vista subieron
vuestra beldad y mesura,
y tan de recio hirieron,
que vencieron mi cordura.

II

Luego todos mis sentidos
huyeron a lo más fuerte,
mas iban ya mal heridos
con sendas llagas de muerte;
y mi libertad quedó
en vuestro poder cautiva;
mas gran placer hube yo
desque supe que era viva.

III

Mis ojos fueron traidores,
ellos fueron consintientes,
ellos fueron causadores
que entrasen aquestas gentes
que el atalaya tenían,
y nunca dijeron nada
de la batalla que vían,
ni hicieron ahumada.

IV

Desde que hubieron entrado,
aquestos escaladores
abrieron el mi costado
y entraron vuestros amores;
y mi firmeza tomaron,
y mi corazón prendieron,
y mis sentidos robaron,
y a mí sólo no quisieron.

Fin

V

¡Que gran aleve hicieron
mis ojos y qué traición;
por una vista que os vieron,
venderos mi corazón!

VI

Pues traición tan conocida
ya les placía hacer,
vendieron mi triste vida
y hubiera de ello placer;
mas al mal que cometieron
no tienen excusación:
¡Por una vista que os vieron,
venderos mi corazón!

Acordaos, por Dios, señora...

I

Acordaos, por Dios, señora,
cuánto ha que comencé
vuestro servicio,
cómo un día ni una hora
nunca dejo ni dejé
de tal oficio;

acordaos de mis dolores,
acordaos de mis tormentos
que he sentido;
acordaos de los temores
y males y pensamientos
que he sufrido.

II

Acordaos cómo, en presencia,
me hallastes siempre firme
y muy leal;
acordaos como en ausencia
nunca pude arrepentirme
de mi mal;

acordaos como soy vuestro
sin jamás haber pensado
ser ajeno;
acordaos como no muestro
el medio mal que he pasado
por ser bueno.

III

Acordaos que no sentisteis,
en mi vida una mudanza
que hiciese;
acordaos que no me distes
en la vuestra, una esperanza
que viviese;
acordaos de la tristura
que siento yo por la vuestra
que mostráis;
acordaos ya, por mesura,
del dolor que en mí se muestra
y vos negáis.

IV

Acordaos que fui sujeto
y soy, a vuestra belleza,
con razón;
acordaos que soy secreto,

acordaos de mi firmeza
y afición;
acordaos de lo que siento
cuando parto y vos quedáis
o vos partís;
acordaos cómo no miento,
aunque vos no lo pensáis,
según decís.

V

Acordaos de los enojos
que me habéis hecho pasar,
y los gemidos;
acordaos que ya de mis ojos,
que de mis males llorar
están perdidos;
acordaos de cuánto os quiero;
acordaos de mi deseo
y mis suspiros;
acordaos como si muero
de estos males que poseo,
es por servirlos.

VI

Acordaos que llevaréis
un tal cargo sobre vos

si me matáis,
que nunca lo pagaréis
ante el mundo ni ante Dios,
aunque queráis;
y aunque yo sufra paciente
la muerte y de voluntad
mucho lo hecho,
no faltará algún pariente
que dé queja a la Hermandad
de tan mal hecho.

VIII

Después que pedí justicia,
torno ya a pedir merced
a la bondad,
no porque haya gran cobdicia
de vevir, mas vos habed
ya piedad;
y creedme lo que os cuento,
pues que mi mote sabéis
que dice así:
ni miento ni me arrepiento,
ni jamás conocerés
al en mí.

Cabo

Por fin de lo que desea
mi servir y mi querer
y firme fe,
consentid que vuestro sea,
pues que vuestro quiero ser
y lo seré.

y perded toda la duda
que tomasteis contra mí
de ayer acá,
que mi servir no se muda,
aunque vos pensáis que sí,
ni mudará.

Otras tuyas en que pone el nombre de una dama

I

¡Guay de aquél que nunca atiende
galardón por su servir!

¡Guay de quien jamás entiende
guarecer ya ni morir!

¡Guay de quien ha de sufrir
grandes males sin gemido!

¡Guay de quien ha perdido
gran parte de su vivir!

II

Verdadero amor y pena
vuestra belleza me dió,
Ventura no me fue buena,
Voluntad me cautivó;
veros sólo me tornó
vuestro, sin más defenderme;
Virtud pudiera valerme,
valerme, mas no valió.

III

Y estos males que he contado,
yo soy el que los espera;
yo soy el desesperado,
yo soy el que desespera,
yo soy el que presto muera,
y no viva, pues no vivo;
yo soy el que está cautivo
y no piensa verse fuera.

IV

¡Oh, si aquestas mis pasiones,
oh, si la pena en que está,
oh, si mis fuertes pasiones
osase descubrir yo!
¡Oh, si quien a mí las dio
oyese la queja de ellas!
¡Oh, qué terribles querellas
oiría que ella causó!

V

Mostrara una triste vida
muerta ya por su ocasión;
mostrara una gran herida
mortal en el corazón;

mostrara una sinrazón
mayor de cuantas he oído:
matar un hombre vencido,
metido ya en la prisión.

VI

Agora que soy ya suelto,
agora veo que muero;
agora fuese yo vuelto
aunque muriese primero
aunque muriese primero
a lo menos moriría
a manos de quien podría
acabar el bien que espero.

Cabo

VII

Rabia terrible me aqueja,
rabia mortal me destruye,
rabia que jamás me deja,
rabia que nunca concluye;
remedio siempre me huye,
reparo se me desvía,
revuelve por otra vía
revuelta y siempre rehuye.

Canción

I

No tardes, Muerte, que muero;
ven, porque viva contigo;
quíereme, pues que te quiero,
que con tu venida espero
no tener guerra conmigo.

II

Remedio de alegre vida
no lo hay por ningún medio,
porque mi grave herida
es de tal parte venida,
que eres tú sola remedio.

Ven aquí, pues, ya que muero;
búscame, pues que te sigo:
quíereme, pues que te quiero,
y con tu venida espero
no tener vida conmigo.

Esparzas

I

Yo callé males sufriendo,
y sufrí penas callando;
padecí no mereciendo,
y merecí padeciendo
los bienes que no demando:
si el esfuerzo que he tenido
para callar y sufrir,
tuviera para decir,
no sintiera mi vivir
los dolores que ha sentido.

II

Pensando, señora, en vos,
vi en el cielo una cometa:
es señal que manda Dios
que pierda miedo y cometa
a declarar el deseo
que mi voluntad desea,
porque jamás no me vea
vencido como me veo

en esta fuerte pelea
que yo conmigo peleo.

III

Callé por mucho temor;
temo, por mucho callar,
que la vida perderé;
así con tan grande amor
no puedo, triste, pensar
qué remedio me daré.

Porque alguna vez hablé,
halléme de ello tan mal,
que, sin duda, más valiera
callar, mas tan bien callé
y pené tan desigual,
que, más callando, muriera.

Glosa a su mote que dice: “ni miento ni me arrepiento”

I

Ni miento ni me arrepiento,
ni digo ni me desdigo,
ni estoy triste ni contento,
ni reclamo ni consiento,
ni fío ni desconfío;
ni bien vivo ni bien muero,
ni soy ajeno ni mío,
ni me venzo ni porfío,
ni espero ni desespero.

Fin

II

Conmigo solo contiendo
en una fuerte contienda,
y no hallo quién me entienda
ni yo tampoco me entiendo;

entiendo y sé lo que quiero,
mas no entiendo lo que quiera
quien quiere siempre que muera
sin querer creer que muero.

Diciendo qué cosa es amor

I

Es amor fuerza tan fuerte
que fuerza toda razón;
una fuerza de tal suerte,
que todo seso convierte
en su fuerza y afición;
una porfía forzosa
que no se puede vencer,
cuya fuerza porfiosa
hacemos más poderosa
queriéndonos defender.

II

Es placer en que hay dolores,
dolor en que hay alegría,
un pesar en que hay dulzores,
un esfuerzo en que hay temores,
temor en que hay osadía;
un placer en que hay enojos,
una gloria en que hay pasión,
una fe en que hay antojos,

fuerza que hacen los ojos
al seso y al corazón.

III

Es una cautividad
sin parecer las prisiones,
un robo de libertad,
un forzar de voluntad
donde no valen razones;
una sospecha celosa
causada por el querer,
una rabia deseosa
que no sabe qué es la cosa
que desea tanto ver.

IV

Es un modo de locura
con las mudanzas que hace
una vez pone tristura,
otra vez causa holgura
como lo quiere y le place;
un deseo que al ausente
trabaja pena y fatiga;
un recelo que al presente
hace callar lo que siente,
temiendo pena que diga.

Fin

v

Todas estas propiedades
tiene el verdadero amor;
el falso, mil falsedades,
mil mentiras, mil maldades,
como fingido traidor;
el toque para tocar
cuál amor es bien forjado,
es sufrir el desarmar,
que no puede comportar
el falso sobredorado.

Canciones

I

Quien no estuviere en presencia
no tenga fe en confianza,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

II

Quien quisiere ser amado
trabaje por ser presente,
que cuan presto fuere ausente,
tan presto será olvidado:
y pierda toda esperanza
quien no estuviere en presencia,
pues son olvido y mudanza
las condiciones de ausencia.

A una prima suya que le estorbaba unos amores

Cuando el bien templar concierta
al buen tañer y conviene,
tanto daña y desconcierta
la prima falsa que tiene;
pues no aprovecha templarla,
ni por ello mejor suena,
por no estar en esta pena,
muy mejor será quebrarla
que pensar hacerla buena.

Glosa «Sin Dios y sin vos y mí»

I

Yo soy quien libre me vi,
yo, quien pudiera olvidaros:
yo soy el que, por amaros,
estoy, desde os conocí,
sin Dios y sin vos y mí.

II

Sin Dios, porque en vos adoro:
sin vos, pues no me queréis;
pues sin mí, ya está de coro
que vos sois quien me tenéis.

Así que triste nací,
pues que pudiera olvidaros
yo soy el que por amaros
estoy, desde os conocí,
sin Dios y sin vos y mí.



**Jorge
Manrique**

Poesía selecta

se terminó de editar en mayo de 2015
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco